

NUCLICK

CINECLUB NUCLEO

Buenos Aires

Lunes 25 de mayo de 2026

Temporada Nº 74

Visualización: 186

- Fundado por Salvador Sammaritano
- Fundación sin fines de lucro
- Miembro de la Federación Argentina de Cine Clubes
- Miembro de la Federación Internacional de Cine Clubes
- Declarada de interés especial por la Legislatura de la Ciudad de Bs. Aires

Sitio Web: www.cineclubnucleo.ar

Email: ccnucleo@hotmail.com

Instagram: [@cineclubnucleo](https://www.instagram.com/cineclubnucleo)



“LOS MÚSICOS”

(“Les musiciens” / “The musicians” – Francia - 2025)

Dirección: Grégory Magne **Guion:** Grégory Magne y Haroun **Producción:** Frédéric Jouve (Les Films Velvet) y Pierre-Louis Garnon (Baxter Films) **Productor asociado:** Marie Lecoq **Música original:** Grégoire Hetzel **Fotografía:** Pierre Cottreau **Montaje:** Béatrice Herminie **Sonido:** Nicolas Cantin, Daniel Sobrino, Fanny Martin y Olivier Goinard **Diseño de producción (Decorados):** Valérie Faynot **Vestuario:** Bénédicte Mouret, Fanny Lemoine, Doriane Maitrot **Director de producción:** Claudia Cheilian **Asistente de dirección:** Lucas Loubaresse, Clothilde Metral, Lea D'Angelo, Corentin Muti **Dirección de casting:** Antoine Carrard **Script y continuidad:** Cécile Rodolakis **Ingenieros de sonido:** Nicolas Cantin, Daniel Sobrino, Fanny Martin y Olivier Goinard **Maquillaje:** Djenete Bouadjadj, Stéphane Desmarez, Christophe Oliveira, Justine Valence **Elenco:** Valérie Donzelli, Frédéric Pierrot, Mathieu Spinosi, Emma Ravier, Daniel Garlitsky, Marie Vialle, Nicolas Bridet, Valentin Pradier

Duración 102 minutos / Gentileza de CDI Films

EL FILM:

Astrid Thompson finalmente logra hacer realidad el sueño de su padre: reunir cuatro Stradivarius para un concierto único esperado por los amantes de la música de todo el mundo. Pero Lise, George, Peter y Apolline, los cuatro virtuosos reclutados para la ocasión, no pueden tocar juntos. Las crisis de ego se suceden al ritmo de los ensayos. Sin una solución, Astrid decide ir a buscar al único que, a sus ojos, aún puede salvar el evento: Charlie Beaumont, el compositor de la banda sonora.

CRÍTICA:

Tras su muerte, un acaudalado empresario lega su empresa a su hijo, pero le pide a su hija favorita, Astrid, que tome las riendas y cumpla el sueño de toda su vida: una interpretación única de una obra inédita de un exigente compositor contemporáneo, a cargo de un cuarteto de cuerda compuesto por los mejores músicos del momento. Pero todo debe interpretarse con... ¡violines Stradivarius! Tras la adquisición del último Stradivarius en una subasta por la asombrosa suma de 10 millones de libras esterlinas, la formación del cuarteto — compuesto por cuatro personalidades fuertes y bastante incompatibles— y, sobre todo, los ensayos previos a la fatídica fecha del concierto, resultan ser una auténtica pesadilla porque el reto es reunir a los individuos para que, como una bandada de estorninos, sepan en todo momento, sin comunicarse entre sí, qué dirección tomar. Ante esta tarea aparentemente imposible, Astrid (Valérie Donzelli, quien carga con gran parte del peso cómico de la película, lo cual hace impecablemente...) tiene la brillante idea (¿pero es realmente tan buena?) de contratar a Charlie Beaumont, el compositor, un excéntrico bastante confuso en su visión de cómo debería sonar su propia obra: es el excelente Frédéric Pierrot quien interpreta este maravilloso papel, aquel a través del cual surge la emoción... La premisa de este tipo de película es fácil de entender: inevitablemente agradable y que inevitablemente conduce a un triunfo improbable. Pero Grégory Magne es mucho más astuto, y la película subvierte constantemente nuestras expectativas, flotando perpetuamente en un espacio liminal que es a la vez suave y mágico. Es una atmósfera agrídulce que el tráiler, bastante pobre, de Los Músicos no logra capturar, arriesgando la disuasión de espectadores que podrían haber disfrutado muchísimo de la película, como nosotros.

Lo que caracteriza a estos Músicos, pues, es sobre todo una hermosa elegancia tanto en el guion como en la dirección, discreta pero siempre precisa. Pero también es la impecable "partitura" interpretada por cada uno de

los cuatro actores que componen el famoso cuarteto, cuyos egos "inflados" deben dejarse de lado para que el proyecto triunfe: cabe destacar que los cuatro son músicos de verdad, lo que evita al director tener que encuadrar sus manos en planos separados y otorga, inevitablemente, una credibilidad total a las numerosas y hermosas escenas de ensayo.

Cabe destacar que, para los amantes de la música, *The Musicians* resulta particularmente cautivadora. Al igual que no era necesario apreciar ni siquiera comprender el jazz para disfrutar de *Whiplash*, no se requiere pasión por la música de cámara —un género bastante especializado— para abrazar esta profunda reflexión sobre la obra de los músicos. Y, además, un pequeño spoiler: el rockero, quizás frustrado, disfrutará de una encantadora interpretación de "¿Dónde dormiste anoche?" de Leadbelly, inmortalizada por Nirvana, una deliciosa guinda del pastel para una película por lo demás excelente.

(Eric Debarnot en Benzine webzine d' essence culturelle - Francia)

¿Hay carga más pesada que el fantasma del sueño ajeno? En *Los Músicos*, una hija, Astrid, hereda no una fortuna, sino una obsesión: el empeño de su difunto padre por unir cuatro legendarios instrumentos Stradivarius, hermanos cortados del mismo árbol siglos atrás, para un único e imposible concierto. La tarea es un acto de nigromancia meticulosa. Requiere una partitura fantasma, una pieza musical inaudita en décadas, a la que cuatro almas brillantes y solitarias que nunca antes han compartido un escenario le dan vida.

Deben realizar esta resurrección una sola vez, bajo la atenta mirada de una transmisión en vivo, un fugaz momento de comunión frente a la vasta extensión de silencio que la precede y la sigue. La premisa no vibra con la energía de la creación, sino con la silenciosa desesperación de perseguir un eco.

La película reúne a su cuarteto no como un conjunto, sino como una colección de mundos disonantes y autoconclusivos, cada uno orbitando el sol inestable de su propio ego. En el centro de este vórtice se encuentra Astrid, una mujer cuya férrea determinación se siente menos como pasión y más como un intento frenético de imponer un orden elegante al caos del dolor. Ella lidia con la fría lógica del mundo corporativo de su hermano y la física mucho más volátil del temperamento artístico, una sacerdotisa agotada que preside un ritual caótico destinado a honrar a un dios muerto. Sus acólitos elegidos son estudios en aislamiento. Está George, el primer violinista, un hombre cuyo virtuosismo solo es comparable a una vanidad tan profunda que actúa como escudo contra el terror existencial del olvido.

Empieza cada frase con "yo", una constante y desesperada afirmación del yo en una profesión que descarta a sus maestros con brutal falta de sentimentalismo. Lo rodean los silenciosos fantasmas de Peter y Lise, un violinista y una violonchelista unidos por las cicatrices de un pasado compartido.

Su historia es una partitura tácita que suena bajo la oficial, una contramelodía de arrepentimiento. Su ceguera parece menos una discapacidad que una retirada voluntaria de un mundo superficial, mientras que la elegante reserva de ella es una fortaleza construida alrededor del silencio de una conversación que terminó mal hace mucho tiempo. En este frágil ecosistema se estrella Apolline, la violista, una criatura del presente caótico e imbuido de imágenes.

Su fama, nacida del vasto y superficial mar de las redes sociales, es un lenguaje ajeno en esta sala cargada de historia. Representa una nueva forma de existencia —un yo curado y transmitido— y su presencia obliga a los demás a confrontar sus propias nociones de autenticidad. ¿Es un legado tallado en madera y pergamino más real que uno escrito en píxeles? El verdadero antagonista de la pieza no es humano. Es la música misma: una partitura difícil y olvidada que yace en los atriles como el tiránico plano de una estructura que nadie sabe cómo construir. Es el mapa de un país olvidado, lleno de cruces disonantes y callejones sin salida melódicos, y la lucha por interpretarla es la lucha por navegar por el laberinto del alma de otro hombre.

Para exorcizar este fantasma, Astrid convoca a su creador, el compositor Charlie Beaumont, un hombre exiliado de su propio arte. Es un recluso que huyó al consuelo de la naturaleza para escapar del fracaso estructurado de su obra, confesando con una paz desconcertante: «Odio mi obra». Este es el grito de un artista que se enfrenta al abismo entre una visión juvenil y el objeto imperfecto y mortal que creó. Su regreso es una confrontación reticente con el fantasma de su yo más joven; debe enseñar al cuarteto un lenguaje que ha intentado desaprender.

Es revelador que el primer momento de conexión genuina entre estos artistas no provenga de su partitura esotérica, sino de una interpretación cruda e improvisada de "In the Pines". En la oscuridad compartida de esa vieja canción popular, impregnada de muerte, celos y pérdida, encuentran una armonía primigenia. Es un grito elemental que no requiere interpretación, solo entrega, un momento en el que dejan de lado su arte escénico y comienzan, brevemente, a encarnarlo. El director Grégory Magne nos niega la fantasía de una creación sin esfuerzo. Al contratar músicos profesionales, ancla la película en una realidad visceral, convirtiendo la abstracta lucha por la armonía en dolorosamente concreta. Vemos el temblor en la mano, la tensión en la mandíbula, la mancha de sudor en la frente.

Esto no es la ilusión del arte; es su realidad física y desordenada, el trabajo de forzar la crin y las tripas a cantar. La cámara captura esta lucha en espacios que parecen estados psicológicos. La mansión, con su deliberada ausencia de internet, es una jaula dorada, un rincón anacrónico fuera del tiempo que se convierte en una olla a presión de resentimiento y ambición.

La sala de juntas corporativa es un mundo de frío cristal donde el lenguaje del arte se traduce al brutal dialecto del comercio, un lugar donde el alma del proyecto siempre está en riesgo. La antigua iglesia, sede del concierto, es un testigo vacío y expectante.

Sus piedras han absorbido siglos de esperanza y desesperación humanas, y ahora esperan este nuevo sonido. El primer plano de la película, un viaje desde la oscuridad resonante del cuerpo de un violonchelo hacia la luz, es un nacimiento a este mundo de madera, tensión e historia.

El concierto final, cuando llega, no es una victoria. Es una tregua, una suspensión temporal del yo. Durante esos pocos minutos, los cuatro egos en pugna se disuelven. No hay George, ni Lise, ni Peter, ni Apolline; solo el Cuarteto, esta singular y temporal forma de vida creada en el espacio entre ellos.

Esta es la paradoja de la colaboración: la verdadera conexión requiere una pequeña muerte individual. La metáfora central de la película, invocada por el compositor, es la de una bandada de estorninos: una entidad que se arremolina y se mueve al unísono gracias a un misterioso instinto compartido. Es un acto de entrega a algo más grande que el yo. Pero ¿qué sucede cuando la última nota flota en el aire y se desvanece? El regreso del ego es inevitable. La película no promete transformación; sugiere que saldrán de la iglesia y regresarán a sus soledades.

(Extraído de la crítica de Naser Nahandian en Gazzettely – EE.UU.)